

 HARLEQUIN™

Julia™

LIZ IRELAND
Romance accidentado

— Julia™ —

LIZ IRELAND

Romance accidentado



Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. www.conlicencia.com - Tels.: 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Avenida de Burgos 8B
Planta 18
28036 Madrid

© 1999 Elizabeth Bass
© 2022 Harlequin Ibérica, una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Romance accidentado, n.º 1067- junio 2022
Título original: The Best Man Switch
Publicada originalmente por Harlequin Enterprises, Ltd.

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial.

Esta edición ha sido publicada con autorización de Harlequin Books S.A. Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares, y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales), hechos o situaciones son pura coincidencia.

® Harlequin, Julia y logotipo Harlequin son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited.

® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia.

Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

Imagen de cubierta utilizada con permiso de Harlequin Enterprises Limited. Todos los derechos están reservados.

I.S.B.N.:978-84-1105-673-1

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

[Créditos](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Si te ha gustado este libro...](#)

Capítulo 1

Todo lo que te pido es un pequeño favor —le rogó Grant Whiting a su hermano gemelo Ted—. Sólo tienes que hacerte pasar por mí en el ensayo, en la boda y en la cena, eso es todo.

—¿Eso es todo? —repitió Ted levantándose de la silla frente a la mesa de despacho de Grant. Aquel gesto le hizo parecer la viva imagen de su hermano—. ¿Llamas pequeño favor al hecho de hacerme pasar por el padrino en la boda?

—No es una auditoría o una ceremonia de inauguración, se trata simplemente de una boda.

Grant sabía en qué estaba pensando su hermano, en que no era propio de él evadirse de un compromiso. Con un simple vistazo se veía que era una de esas personas trabajadoras y concienzudas, incapaces de eludir una responsabilidad. Siempre vestía con formalidad en el trabajo, con un estilo conservador que para su hermano Ted resultaba fúnebre: traje oscuro, corbata de seda y zapatos perfectamente limpios. Ted, por su parte, había llegado tarde aquel día y con una vestimenta más adecuada para ir a la playa de Waikiki que otra cosa: pantalones cortos, camisa estampada de flores y sandalias. Sólo le faltaba un cóctel y una sombrillita.

Pocas veces se habían cambiado el uno por el otro en el pasado, empresa nada fácil a pesar de ser perfectamente idénticos, y siempre había sido en beneficio de Ted. Por

ejemplo cuando Ted tuvo pánico ante el escenario y no pudo salir a interpretar a George Washington en la clase de historia, cuando fue incapaz de aprender geometría, español o botánica, o cuando se sintió incapaz de decirle a Mary Pepperburg que tenía una cita. Grant, en cambio, nunca había necesitado que su hermano lo rescatara.

—Creía que estabas ansioso por la boda de Kay y Marty —comentó Ted.

—Por supuesto, son mis mejores amigos.

—Mmm —asintió Ted tamborileando con los dedos sobre la mesa y observando a su hermano de cerca—. ¿Pero no será por culpa de la compra de acciones? ¡Dios mío! ¡Eres incapaz de abandonar el almacén ni siquiera por un miserable día!

Ted opinaba que Grant era adicto al trabajo, pero lo cierto era que él tenía una ética laboral un tanto relajada.

—Se trata de una noche y un día entero —lo corrigió Grant—. Creo que no te das cuenta de la gravedad de nuestra situación —argumentó. Él y su hermano corrían el riesgo de perder la pequeña cadena de almacenes de herencia familiar, Whiting's, si no conseguían impedir la oferta de compra de Moreland's, una cadena más grande ubicada en el medio oeste—. Ésta es la crisis de negocios más grave a la que nos enfrentamos desde que Herman Little, el del departamento de ropa de caballeros, trató de unir y syndicar a todos los empleados.

—¿Y qué ocurrió en aquella ocasión? —preguntó Ted—. Que les subimos un poco el sueldo.

—¡Fue un incremento del siete por ciento!

—¿Quieres relajarte, por favor? —rogó Ted encogiéndose de hombros.

—Claro, tú no tienes encima a Horace Morland llamándote por teléfono cada diez minutos. Y además ahora ha venido a nuestro territorio.

Horace Morland era el propietario de una corporación que devoraba almacenes locales igual que un niño devora

caramelos, y aquella semana había viajado a Austin para tragarse Whiting's. Ted y Grant estaban en contra de la venta, pero no eran por completo dueños de su destino. Sólo poseían el cincuenta por ciento del negocio. Su tío Truman, un veterano en Whiting's, seguía poseyendo otra cuarta parte. El tío Truman estaba obsesionado con el golf, y siempre necesitaba dinero para cumplir con sus obligaciones en el club, una debilidad que le hacía muy sensible a la enorme suma de dinero que Moreland les ofrecía. La última cuarta parte pertenecía a Mona, la madrastra de Ted y de Grant. Aunque su padre había fallecido siete años atrás, su última esposa, Mona, seguía teniendo sobre ellos una considerable influencia debido a ese veinticinco por ciento. Y no es que Mona estuviera contenta con la venta, es que estaba ansiosa. Mona era una esclava de la moda, y guardar las apariencias siempre había sido algo caro. ¿No era mejor el dinero en metálico a la posesión de un negocio sujeto a los altibajos del mercado?, se preguntaba. En otras palabras, Mona y Truman eran unos chaqueteros dispuestos a cambiar de bando y a recibir con confeti el bombardeo de Moreland.

—Tengo que estar alerta, hay que evitar una calamidad. No tengo tiempo para bodas.

—¿Sabes lo que pienso? —preguntó Ted—. Pienso que no quieres ir a la boda para evitar por todos los medios el recuerdo.

—¿El recuerdo de qué?

—De tu divorcio.

—Tienes razón —confirmó Grant con un gesto de la mano —, no quiero recordarlo.

Grant estaba atónito ante el hecho de que fuera precisamente él quien estuviera divorciado. Había visto a su padre casarse tres veces, y siempre se había jurado que él lo haría de un modo diferente.

—No puedes pasarte la vida evitando a las mujeres, ¿sabes? ¿Por qué no sales por ahí y disfrutas de tu nueva

soltería? ¡Relájate!

—Eso es lo que solía decirme Janice —contestó Grant.

Janice era la ex-mujer de Grant. Ted lo miró perplejo.

—¿No me digas que quería que salieras y conocieras a otras mujeres?

—No, sólo quería que me relajara, decía que era muy rígido, un pesado.

—¡Janice estaba loca! —exclamó Ted, a quien la ex-mujer de su hermano siempre le había caído mal.

Lo cierto era, en realidad, que Ted no podía soportar nada que tuviera relación con la vida doméstica y de casado.

—¿Tú crees que soy un pesado?

—Bueno... quizá no seas pesado exactamente... más bien serio. Digno.

—Pesado —suspiró Grant—. Janice siempre se quejaba porque decía que nunca hacíamos nada divertido, nada espontáneo. Decía que era demasiado responsable. ¡Demasiado responsable! ¿Se puede ser algo así?

—Janice era una excéntrica.

¿Lo era?, se preguntó Grant. Él le había sugerido que buscaran el consejo de un especialista para arreglar sus diferencias. En realidad lo que pretendía era que ella asistiera a una psicoterapia, pero quería estar presente cuando el psiquiatra le dijera que era incapaz de apreciar a su excelente marido y que no había nada de malo en su matrimonio, tal y como él siempre había defendido.

Sin embargo, una mañana, antes de acudir a la primera sesión, Grant se había despertado y había descubierto que su esposa se había fugado con el príncipe de un país diminuto, el jeque de un país rico en petróleo del Oriente Medio.

Bien, se había dicho entonces. Quizá sí hubiera algo de malo en su matrimonio, pero la huida de Janice transformaba aquel pequeño problema diario en algo mucho más importante.

—Bueno, lo peor de todo ha sido mi ceguera. Mientras yo permanecía fiel y venía a trabajar al almacén a diario como un esclavo, construyendo una habitación más en la casa durante los fines de semana con la esperanza de fundar una familia, Janice salía en secreto por las tardes a reunirse con el príncipe Omar.

—Mientras tú hacías de marido cumplidor ella ensayaba la danza de los siete velos —bromeó Ted.

—¿Cómo voy a encontrar a ninguna mujer en la que pueda confiar después de esta decepción?

—Olvídate de la confianza, piensa en las piernas —aconsejó Ted.

Grant hubiera deseado poder ser un soltero convencido como su hermano, pero se sentía incapaz.

—No quiero volver a casarme.

—¡Bien!

—Ni siquiera quiero pensar en ello.

—Entonces no lo pienses. Búscate una chica y pásatelo bien —aconsejó de nuevo Ted.

Aquel era un buen consejo, pero durante la ceremonia de la boda, Grant volvería a escuchar las palabras solemnes que él mismo había pronunciado ante una mujer que, aparentemente, no había recapacitado demasiado sobre aquello de «hasta que la muerte nos separe». Sencillamente no estaba seguro de poder soportarlo, se dijo. Y luego, por otro lado, estaba el pequeño asunto de la dama de honor, recordó.

—¿Qué pasa? ¿Ocurre algo?

—Se trata de Kay —confirmó Grant—. De la novia.

—¡La novia! —repitió Ted con disgusto.

Kay era una amiga de Grant de la escuela de empresariales, y sólo había visto a Ted en una ocasión. Pero con una había sido suficiente. Durante una comida al aire libre en el jardín trasero de la casa de Kay Chester, su perro, se había ganado la enemistad de Ted al hacerse pis en su genuino par de botas importadas de Australia. Desde

entonces Ted y aquel perro se habían jurado una aversión eterna.

—Esto no tiene nada que ver con su perro —aseguró Grant—. Es... bueno, Kay es una de esas mujeres que se empeñan en casar a todo el mundo, y ahora que es ella la que se casa y que yo soy su padrino se le ha metido en la cabeza que me case otra vez.

—¡Mujeres! —exclamó su hermano. Ted adoraba a las mujeres, al menos a las rubias y de piernas largas, pero siempre se ponía a la defensiva cada vez que se hablaba de matrimonio—. No serán felices hasta que el último hombre del planeta no esté casado y bien atado con una mujer, una hipoteca y un montón de niños.

—Justamente así es Kay —asintió Grant.

—Deja que adivine... —intervino Ted tamborileando molesto con un lápiz sobre la pierna—. Kay cree que su dama de honor sería perfecta para ti —sugirió terminando la frase en un tono de voz agudo y femenino.

—¿Cómo lo sabes? —sonrió Grant.

Lo cierto era que Kay había mencionado a su dama de honor en muchas ocasiones, recordó Grant. Definitivamente estaba tramando emparejarlos.

—Bueno, las mujeres son tan predecibles —contestó Ted reclinándose hacia atrás y colocándose el lápiz sobre la oreja mientras sacudía la cabeza pensativo—. Las mujeres orquestan este tipo de bodas para gozar de un momento estelar en su vida. Primero se casa una, y entonces le entra la prisa a la otra, y antes de que el pobre diablo con el que sale se dé cuenta ya está caminando hacia el altar. Y así sucesivamente. Para ellas una boda es como un rally, una carrera frenética hacia el matrimonio. Y como no estés en guardia, hermano, te liarán.

—Si me hubieras contado todo eso hace cinco años no me habría casado con la princesa Janice —sonrió irónico Grant.

La frente de Ted se arrugó. Se sentía culpable de no haber adoctrinado antes a su hermano en los secretos de la

soltería, pensó. Aunque Dios sabía que lo había intentado. Él se había mantenido en guardia contra el sexo opuesto desde los catorce años, cuando su padre se casó por cuarta vez. Aún se culpaba por haber dejado que Janice traspasara la línea defensiva.

Grant había pagado caro el error, recapacitó. Y sin embargo ahí estaba, seguía siendo un hombre vulnerable, pensó. Era una presa fácil para cualquier mujer. Sólo de pensarlo se ponía furioso.

—Escucha, hermanito, haré ese intercambio. De hecho creo que es mi deber solemne para contigo, igual que ponerme de tu lado aquí, en el almacén.

Grant se atragantó con el café. Ted era esencial para Whiting's, sobre todo cuando se trataba de entretener a los compradores, recordó. Era capaz de impresionar a cualquier ejecutivo con sus historias sobre el fútbol, pero siempre se escabullía durante las estresantes operaciones del día a día en el almacén. Siempre tenía que perfeccionar su bronceado en su preciosa barca. Y cuando le hablaba sobre su absentismo laboral o lo presionaba aparecía durante un par de horas por el despacho, pero para hacer flexiones, recordó.

No obstante, Ted se enorgullecía de ser el hermano mayor y de ser infinitamente más listo que él, al menos en lo relativo a las mujeres. A pesar de haber nacido sólo doce minutos antes, pensó.

—Es evidente que aún no estás preparado para enfrentarte a esa... ¿cómo se llama la mujer a la que Kay dice que estás destinado?

—Mitzi —contestó Grant—. El nombre de la dama de honor es Mitzi Champion, es una amiga de Kay del instituto.

—Mitzi, bien —repitió Ted frunciendo el ceño pensativo—. Mitzi, ¿sabes a qué me suena ese nombre?

—No, ¿a qué?

—A fresca, a insaciable —declaró Ted. Grant rió—. Piensa en Mitzi Gaynor, en *South Pacific*. El papel de enfermera

que interpretó era el de una fresca, ¿y qué ocurrió?

—¿Que bailó mucho?

—¡Que se casó! —exclamó Ted girando los ojos en sus órbitas en un gesto de cansancio—. Se casó con un pobre diablo francés que estaba tranquilamente sentado en su isla, ocupándose de sus propios asuntos.

—Yo creía que él era un viejo asesino solitario con dos niños... —intervino Grant.

—Eso lo añadieron después para que ella pareciera buena.

—Mitzi volará desde Nueva York para asistir a la boda, y va a cuidar de la casa de Kay la semana que viene mientras ella y Marty se van de luna de miel. Es por eso por lo que Kay quiere que le enseñe la ciudad y que lleve a la pobre chica a...

Ted hizo de pronto un gesto para hacerlo callar.

—¡No, no, no, no! No pienses en esa tal Mitzi como en una chica. En el idioma de los solteros es una depredadora, pero antes de que termine la cena del viernes le haré saber lo que nosotros, los solteros, pensamos sobre eso de acompañar a las damas —Grant rió—. Sí, sí, riéte si quieres —continuó Ted—. Me lo agradecerás cuando todo haya pasado. Créeme, Grant, después de esta boda, la fresca de Mitzi nunca volverá a volar a una ciudad desconocida para atrapar a un hombre.

Grant sonrió. Los protectores hermanos «mayores» tenían definitivamente algo a su favor, pensó. Por primera vez desde el fisco de su matrimonio sentía que recuperaba el control de su vida. Podía concentrar todas sus energías en salvar el negocio familiar y, con ello, su propia cordura. Y lo mejor de todo era que podía olvidarse de las bodas, de las promesas de matrimonio y de las mujeres...

—Estoy harto de las mujeres, tigre —le confesó a su hermano.

Capítulo 2

Vas a enamorarte de Grant Whiting! —profetizó Kay desde el asiento delantero del coche de camino al ensayo de la boda—. ¡Ya lo verás, ese hombre es un sueño!

Mitzi Campion apretó los dientes y sonrió como si no pudiera esperar ni un segundo para conocer a aquel increíble dios del amor del que Kay no había dejado de hablar en toda la tarde.

—Según parece es maravilloso, Kay, pero en serio, actualmente mi ideal masculino es Chester.

—¡Pero Mitzi, no estás hablando en serio!

Mitzi sonrió. Esperaba con ardor aquella semana de paz y tranquilidad cuidando del perro en casa de Kay, pensó.

—Tú ganas. Me calentará los pies mientras veo películas de vídeo y me mirará a los ojos lleno de pasión mientras como guarrerías como una cerda. Y seguro que me será mucho más fiel que cualquiera de los novios que haya tenido hasta ahora.

Eso sí que no era una broma. Durante los tres últimos años, Mitzi había tenido tres relaciones, y todas ellas habían acabado con un fuerte dolor de cabeza. Lo extraño era que en los tres casos todo le había parecido maravilloso: los tres eran hombres guapos, con un trabajo bien remunerado y con personalidades perfectamente compatibles con su carácter. Y sin embargo los tres habían huido y se habían puesto a cubierto al descubrir que Mitzi

deseaba un futuro con matrimonio, niños y pagos de hipoteca. De hecho con sólo mencionar la palabra niño, Mike se había lanzado en brazos de una modelo de Sears. Un año después una vaga referencia a la palabra matrimonio había atemorizado a Jeff, que la había abandonado para lanzarse a galopar con una amazona.

Y finalmente estaba Tim, que se había convertido en el hermano Tim. Pero aquello resultaba demasiado humillante como para recordarlo, pensó.

Kay sacudió la cabeza con un gesto de reproche.

—Nunca encontrarás al hombre adecuado encerrándote en casa con el vídeo y con Chester.

—Ya estoy harta de buscar al Señor Perfecto. Según parece no hay nada que altere más a los hombres civilizados adictos al trabajo que la idea de una mujer que desea casarse.

—No seas tan negativa —recomendó Kay.

Era fácil decirlo para ella, que tenía un pie en el altar, pensó Mitzi.

—Tengo que enfrentarme a los hechos —replicó—. He perdido tres hombres en tres años, y eso significa que estoy fuera de juego. Si un caballo de carreras llevara un record como el mío lo habrían puesto a pastar.

Kay miró a Marty, su futuro marido, y le guiñó un ojo.

—¿No te parece que harán una pareja estupenda?

Mitzi rió, pero no pudo evitar sentir curiosidad.

—¿Quieres decir que Grant Whiting es también una víctima de Cupido? —preguntó.

Kay se volvió hacia el asiento de atrás y puso una mano sobre el hombro de Mitzi.

—Su historia es muy triste. Es el hombre más encantador que puedas imaginar, pero hace poco más de un año su mujer lo abandonó.

—Bueno, entonces tendrá una pega ¿cuál es? —preguntó Mitzi que oía sirenas de alarma en su cabeza.